

**“TALCA, PARÍS Y LONDRES  
La presencia de los Franceses e Ingleses – 1875 / 1928”**

Prof. Dr. Pedro Enrique Rosales Villarroel  
Director Académico  
Universidad Autónoma de Chile. Talca

Permítanme en primer término agradecer la gentileza con la que me honran los Profesores; Dr. Raúl Sánchez Andaur, académico de nuestra Universidad, y Don Gonzalo Olmedo Espinoza, investigador y curador del Museo O'higginiano y de Bellas Artes de Talca, al solicitarme me haga partícipe de tan significativa y trascendente ceremonia en la que haremos pública su última producción académica, fruto de su laboriosa y dedicada tarea, como también de la responsabilidad y del compromiso que les caracteriza, apoyados en esta oportunidad por la Universidad Autónoma de Chile que en su afán permanente por crear vínculos con la comunidad local ha patrocinado esta iniciativa que hoy ve la luz pública, como forma de un reconocido homenaje a un nuevo aniversario de la fundación de la *“Muy Noble y Leal Villa de San Agustín de Talca”*.

Dicho esto, creo conveniente situar la presentación del libro “Talca, Paris y Londres: La presencia de los franceses e ingleses, 1875 – 1928” en un contexto un tanto mayor a los límites que definen las propias trazas discursivas del texto. Ello en atención a la necesidad de precisar sus alcances más allá del contenido lineal de su lectura. Se trata pues de una obra cuyo objetivo fundamental es destacar el contenido de la vinculación existente entre la historia local, la localidad y la comunidad que dinamizada por vínculos de mutua relación e interdependencia posibilitan construir y dinamizar significados, creencias y valores morales que le otorgan trascendencia.

Talca, Paris y Londres, es precisamente eso, una invitación para volver a lo local, que es en definitiva, aquello que sitúa a un hombre o a un grupo humano con el territorio, pero como ese situarse es en sí un proceso de construcción y cambio permanente, es ante todo, un angustioso gestarse histórico social con manifestaciones de construcción de prácticas económicas, políticas y culturales que le dan identidad y lugar frente a otras comunidades, tanto diseñando su espacio y ejerciendo territorialidad como organizándose en sociedad y produciendo una forma de vida, una percepción del mundo, una cultura.

Esta forma de ser del hecho histórico local, que es en definitiva lo que los autores nos presentan, acaece, originariamente y como hecho factual, en el tiempo cronológico, por ello los autores sitúan su trabajo en el periodo comprendido entre los años 1875 y 1928, pero como hecho histórico se da en el proceso de construirse socialmente en un tiempo propio de su gestarse, aún dentro del tiempo cronológico, en un sitio en el que se hace local del territorio en que es situado.

Así, lo local es temporal e histórico desde sus orígenes, pero sólo cuando y en la medida en que se hace consciente de su propia permanente gestación, cuando se abre a sí mismo para explicarse como proceso acaecido, se percata de su historicidad y se dispone a ser reconocido y explicado, a ser objeto de un conocimiento historiográfico que forma parte y es expresión de ese gestarse histórico.

En este sentido, la tradicional frase talquina: “Talca, Paris y Londres” es expresión de todo ello. Expresión de un sentimiento de pertenencia ante el florecimiento y resplandor alcanzado por la ciudad hacia comienzos del siglo XX que deviene, tal como constatan los autores, de una serie de obras y servicios públicos que coronan el desarrollo talquino: La Fundación del Instituto Literario hacia 1827, el surgimiento del primer periódico talquino: El Alfa, la inauguración hacia 1853 del servicio de correos y hacia 1874 del servicio de agua potable. La fundación del Mercado hacia 1888 y al despuntar el siglo XX del Liceo Fiscal de Niñas (1901), del Instituto Comercial (1905) y del Liceo Blanco Encalada (1911) y del Diario La Mañana hacia 1906. Antecedentes que nos hablan de la importancia que hacia ese entonces adquiere la ciudad y que al decir de Pantaleón Aravena Azocar, “por eso se dice que en el mundo, después de Talca viene Paris y Londres”, superando con ello, mas no desterrando del todo, la tradición oral que señala que un viajero inglés al ver la niebla talquina la relaciono con sub Londres natal, expresando en un mal castellano que “Talca parece Londres”, frase que fuera interpretada como “Talca, Paris y Londres”.

Existe, una tercera versión, que rescatada por los autores, señala que hacia 1875, una de las coordenadas temporales en que se sitúa el estudio, la llegada del ferrocarril a Talca habría dinamizado el comercio local y en la inmediaciones de la estación de trenes una Sombrerería de Lujo, promocionaba en sus vitrinas los artículos para caballeros con la leyenda “Talca, Paris y Londres, en alusión a la distinción e importancia de dichos productos.

Claramente y es quizás uno de los aportes historiográficos más relevantes de los autores, el llegar a constatar que en las tres versiones la presencia inglesa y francesa es un hecho real, más allá de la consideraciones sociológicas, políticas, económicas y culturales que hicieran que la sociedad decimonónica tuviera como referente estos países.

Lo cierto es que “Talca, Paris y Londres” viene a representar el reflejo local de una realidad global durante el siglo XIX, cuestión que a mi juicio, es extraordinariamente bien trabajada por los autores, de ahí el mérito de la obra en cuanto a ayudar a comprender la coexistencia de tradiciones y modernidades, de rasgos locales y globales que configuran una situación particular sostenida sobre la construcción de un espacio local.

Por ello los autores son enfáticos en señalar que la única explicación posible respecto del sentido de la frase está fundamentada desde aquí, desde Talca, desde Chile, desde Hispanoamérica que en su afán por encontrar su propia identidad vuelve sus ojos a Europa.

De modo general destacamos que el texto tiene el sello de los tiempos en que moramos: la complejidad. La complejidad que encierra la tarea de abrir historiográficamente la historia, en este caso abrir la historia local, lo que engendra un problema que atañe directamente a los historiadores, los autores, para llegar a responder la pregunta: ¿Cómo abrir la historia y específicamente la historia local?

Para conseguir esto debemos asegurarnos de que efectivamente esos hechos fueron factibles en su presente pasado. Y para lograrlo tenemos un instrumento viejo, aún no obsoleto: la crítica de las fuentes o crítica histórica o método crítico.

Mediante este método, que ya perfilaba Vico, que adquiere cuerpo y presencia con Langlois y Seignobos, y que es ampliamente explicado por Marc Bloch, conseguimos construir los hechos a partir de las huellas (documentos, testimonios, monumentos, etc.) que ellos han dejado.

Giambattista Vico (1668-1743), desde su lejana existencia, en su Principios de una **Ciencia Nueva en torno a la naturaleza común de las naciones**, advertía la necesidad de “una nueva arte crítica” que *“dé las reglas para discurrir lo verdadero en todas las historias gentiles, por obra de los bárbaros comienzos más o menos entreverados de fábulas. Porque los historiadores, aún los bien aleccionados, deben narrar las tradiciones vulgares de los pueblos cuyas historias escriben, atentos a que el vulgo les tenga por verdaderos, y resulten útiles a las repúblicas, por cuya perpetuidad escriben ellos las historias...”*

Esta operación crítica y esta primera versión historiográfica son, simultáneamente, un imperativo y un privilegio de la historia local. Un imperativo porque los hechos son el presupuesto necesario para toda historia, empezando por la historia local; un privilegio porque en esta operación se está más cerca, más en presencia inmediata del hecho que otras historias (historiografías). Por eso, aparecen allí los hechos pasados en su individualidad, desfilan los individuos con sus virtudes, pasiones y defectos, se capta el pulso de la vida cotidiana, en fin, es la existencia que fue en un presente pretérito, en la medida en que las fuentes, sus huellas, nos permiten apreciarlo.

Este es al gran aporte de esta obra, que situada entre el esplendor y el ocaso (la llegada del Ferrocarril hacia 1875 y el terremoto del año 1928) nos muestra como con el aporte de ciudadanos ingleses y franceses la ciudad de Talca fija de manera indeleble el habitus de su ser propio. Allí como muestra están sus organizaciones sociales, deportivas y culturales, el Cuerpo de Bomberos, la Augusta Orden Masónica, la actividad comercial, que fue en esos años, el catalizador de todas las formas de sociabilidad que se generaron entre estos grupos de inmigrantes que le dieron sello e identidad a esta ciudad de Talca y otras tantas instancias y otros tantos nombres que es posible reconocer en las páginas de esta obra que se erige como un verdadero aporte al conocimiento de nuestra realidad histórica y que hace patente la necesidad de proyectar el futuro sólo desde el reconocimiento de nuestro pasado, que ante todo es un presente que habita en nosotros. La invitación está hecha. Talca, Paris y Londres, supera con creces la investigación histórica y pone a disposición de nosotros una parte importante de nuestro pasado fundacional y que debiera hacernos reflexionar, tal como invitan los autores a pensar en la existencia de un pasado esplendoroso, de la posibilidad que se tuvo de palpar el desarrollo y no poder, de un fue y no ser, pero que quizás mañana, reconociendo lo que fuimos el ayer, seamos capaces de hacer de Talca una mejor ciudad para todos.